

Acerca de si es posible no querer hacer el bien conocido o —más terrible aún— de si somos capaces de hacer el mal a sabiendas, se han escrito innumerables páginas. En esa cuestión está en juego el estatuto del conocimiento en la toma de decisiones y, en general, en la vida moral. La respuesta de A. Llano es breve y neta: “No es cierta la teoría que se suele atribuir a Sócrates, según la cual siempre hacemos lo que nos parece mejor” (p. 68). No basta con querer hacer el bien, sino que también debemos *hacernos capaces* de realizarlo mediante la adquisición de virtudes. Hay que recuperar la noción de voluntad. Esta sencilla idea es posiblemente la que hace fracasar muchos de los empeños actuales por crear una educación cívica y, también, algunas de las aproximaciones que se hacen desde la filosofía analítica al problema de la acción humana, como ha puesto de manifiesto A. MacIntyre (*Animales racionales y dependientes*, Paidós, Barcelona, 2001).

Si hay un concepto que pueda servir como clave para interpretar el talante ético de nuestras sociedades, éste es probablemente el de autenticidad. O, al menos, así parece demostrarlo el breve libro de Charles Taylor, *La ética de la autenticidad* (Paidós, Barcelona, 1994). El problema, como bien se señala en el libro, es que se ha identificado autenticidad con espontaneidad (pp. 78-79), y así no se puede saber en qué consiste la vida lograda. Es preciso recuperar una concepción teleológica de la naturaleza humana que sirva de piedra de toque de la autenticidad.

Estas son sólo unas pocas reflexiones de interés, las demás las tendrá que descubrir el lector por su cuenta. Por último, me permito sugerir la lectura complementaria de *Humanismo cívico* (Ariel, Barcelona, 1999), donde se traza el marco político adecuado a la ineludible “dimensión social” (p. 127) de la vida lograda. Y, además, al final de ese libro aparece una extensa bibliografía que muestra el universo conceptual en el que se mueve su autor.

José María Torralba

QUINN, J.J.—DAVIES, P.W.F. (eds): *Ethics and Empowerment*, MacMillan, Hampshire, 1999, 444 pp.

---

La sociología contemporánea ha analizado la aparición de estos fenómenos de subalternancia y sometimiento en el desarrollo del capitalismo tardío, tratando de contrarrestar los posibles efectos contraproducentes a

que pueda dar lugar. En 1999 Quinn y Davies en una obra colectiva, *Ética y Capacitación*, han puesto de manifiesto la influencia de la propia *capacitación humana y profesional* en el desarrollo de los mecanismos empresariales capitalistas, especialmente en relación al ejercicio de un adecuado autocontrol ético del propio poder de gestión, exigiendo un específico reconocimiento de la autonomía laboral del propio trabajador, especialmente si se trata de un intelectual, ya sea hombre o mujer. Hasta el punto que la mayor aceptación de estos programas de capacitación está teniendo un gran impacto en las propias estrategias de organización empresarial, habitualmente a través del análisis de casos donde se comprueba el posible impacto de diversas estrategias posibles de capacitación ética. Hasta el punto que hoy día el debate por el reconocimiento ha planteado un desafío al modo capitalista de enfocar las diversas estrategias empresariales: la necesidad de otorgar una prioridad al reconocimiento de la influencia directa que estas diversas estrategias de capacitación ética pueden ejercer en el modo de organizar una empresa, según se adopte una estrategia de tipo co-operativista, comunitarista, o simplemente automantenimiento. Evidentemente con estas propuestas se quiere reconocer la necesidad de otorgar a los factores éticos y formativos una mayor importancia de lo que anteriormente se había hecho en el enfoque capitalista de la organización empresarial, sin quedarse en un planteamiento meramente legalista, como anteriormente había ocurrido con el intelectual en general o con la mujer en especial. Sin embargo surge una pregunta, realmente ¿no se sigue haciendo un uso meramente instrumental de estos procesos de capacitación personal y ética, como si se pudieran someter a criterios de valoración meramente cuantitativos? ¿No se pone esta mayor capacitación al servicio de un tipo de productividad ajena a sus propios intereses? ¿No se somete al trabajador intelectual, ya sea hombre o mujer, a un tipo de sometimiento e infravaloración, como si fuera un oficio subalterno, sin otorgarle la capacitación personal y ética que efectivamente le corresponde, como los propio autores en ocasiones reconocen?

Carlos Ortiz de Landázuri